

CONTINUACIÓN DE LA 4.<sup>a</sup> SESIÓN DE PRÓRROGA, EL 23 DE OCTUBRE DE 1899

**PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARCO AVELLANEDA**

**SUMARIO:**—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de hacienda en el proyecto de ley, en revisión, sobre conversión de la actual emisión fiduciaria de billetes de curso legal.

DIPUTADOS PRESENTES

Alemán, Alvarez, Argerich, Avellaneda (M. M.), Avellaneda (M.), Belderrain, Benedit, Berduc, Bermejo, Bollini, Bores, Bouquet Roldán, Bruchmann, Cabral, Calderón, Carballido, Carbó, Carles, Carreras, Coronado, Cortés Funes, Claros, Cullen, Daract, Dávalos, Echegaray, Ezquer, Falcón, Fernández, Ferrari, Gálvez, García (T.), Garzón, Gigena, Giménez, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gómez (I.), Gouchon, Gutiérrez, Herrera, Lacavera, Lagos, Lartigau, Leiva, Lescano, Lobos, López García, Loureiro, Luro, Llobet, Machado, Martínez (J.), Martínez (M. R.), Mitre, Morel, Moreno, Obligado, O'Farrell, Outes, Panelo, Parera (R.), Paunero, Peña (V.), Posse, Reyna, Romero, Ruiz, Sáenz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Seguí, Serú, Soldati, Usandivaras, Valenzuela, Varela Ortiz, Vedia, Villanueva, Vivanco, Zavalla.

AUSENTES, CON LICENCIA

Almada, Avellaneda (F. F.), Cantón, Capdevila, Ferrer, Ovejero.

CON AVISO

Barraquero, Carrasco, Fonrouge, González, Guastavino, Hernández, Lacasa, Láinez, Lassaga, Massey, Parera (F. M.), Roberts, Sánchez Viamonte.

SIN AVISO

Astrada, Balestra, Cabal, Castellanos, Contte, Dantas, Iturralde, Laferrère, Luque, Peña (J.), Rivas, Serna.

—En Buenos Aires, á 23 de octubre de 1899, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, presente el señor ministro de hacienda, doctor José M.<sup>a</sup> Rosa, el señor presidente declara reabierto la sesión, siendo las 3 y 45 p. m.

ORDEN DEL DÍA

CONVERSIÓN DE LA EMISIÓN FIDUCIARIA

**Sr. Presidente**—Continúa la discusión, en general, del proyecto de ley sobre conversión fiduciaria.

**Sr. Mitre**—Pido la palabra.

De buena gana ahorraría á la cámara un discurso más, después de los muy buenos que ha escuchado; pero me siento, hasta cierto punto, obligado á fundar mi voto en esta cuestión que ha conmovido tanto la opinión de la República.

Confieso, señor presidente, que si hay algún asunto que yo no hubiera creído ver venir al debate de esta cámara, al menos en el presente período de sesiones, son estos proyectos por los cuales se fija una relación arbitraria de valor entre el papel moneda y la moneda de oro, que es también moneda nacional de la República.

Hace seis meses, el presidente de la República al abrir nuestras sesiones, nos

Octubre 23 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

exponía las vistas y las ideas del poder ejecutivo en materia monetaria; pero en las declaraciones del mensaje inaugural leído en esa ocasión no encontramos ningún indicio que nos hiciera comprender que había el pensamiento de dar solución al problema monetario, en la forma que hoy viene el poder ejecutivo á someterlo á la cámara.

Un mes más tarde, el señor ministro de hacienda nos remitía el presupuesto para el año próximo, con los cálculos del poder ejecutivo respecto al desenvolvimiento de las finanzas, á la producción de los impuestos, y á la fijación, en una palabra, de las rentas públicas y de los gastos generales de la administración. Tampoco en ese documento encontramos signo alguno que nos dé á comprender que en el ánimo del poder ejecutivo estaba resolver de golpe este problema en la forma en que ha sido sometido al honorable congreso.

Posteriormente, el señor ministro de hacienda nos remitía la memoria correspondiente al ejercicio vencido. En ese documento, como de costumbre, el jefe de las finanzas públicas nos relataba el desenvolvimiento que habían tenido durante el año y los compromisos y complicaciones posibles que en el futuro desarrollo de las mismas puede ocasionar su gestión con arreglo á la situación del erario; y tampoco en esa ocasión el señor ministro nos dejaba entrever siquiera que, de pronto, por un procedimiento como el que por este proyecto se aconseja, habíamos de encontrarnos con que había resuelto, de la noche á la mañana, nada menos que el problema monetario de la República, que es el problema capital de nuestra economía nacional.

Posteriormente aún, el señor ministro concurría á esta cámara, llamado por una interpelación nacida en las palpitaciones de dos *meetings* memorables é interrogado acerca de puntos esenciales de la administración pública, relacionados con las finanzas, hacía una detenida exposición respecto de su solvencia, de la renta, de los recursos con que el poder ejecutivo contaba para atender á sus compromisos, de la reglamentación de los impuestos que había dado motivo á tantas quejas; pero tampoco entonces encontraríamos, si fuéramos á recorrer las páginas de las se-

siones de la cámara en aquella fecha, ningún indicio de que germinara en la mente del poder ejecutivo la solución de este problema fundamental.

De todo esto deduzco necesariamente que este problema ha nacido con precipitación, que no ha sido netamente formulado con arreglo á bases meditadas, y esto me explica que ofrezca tantos puntos vulnerables á la crítica y que haya suscitado en la opinión una agitación tan extraordinaria, agitación que ha repercutido desde las reuniones de la Bolsa hasta los artículos de la prensa y las conferencias de la cátedra, provocando demostraciones de opinión donde quiera que algunas personas se hayan reunido á conversar sobre este asunto, que interesa realmente al gobierno del país.

Respecto de los proyectos, señor presidente, concretaré mi oposición á ellos, diciendo que encuentro que prometen mucho más de lo que pueden cumplir y que aquello que realizan inmediatamente es precisamente lo que tienen de malo.

Los proyectos mandan constituir un fondo de conversión, fijan una relación de valor entre el oro y el papel y disponen que esta relación sea perpetua: es decir, que con arreglo á ella se acometa el problema de la conversión.

En cuanto á los propósitos de los proyectos, no puede haber dos opiniones: los miembros informantes de la mayoría y minoría de la comisión están de acuerdo. La conversión es un desiderátum en nuestro país.

Este régimen del papel moneda es un escándalo. No hay país alguno del mundo que pueda prosperar, que pueda romper esas ligaduras que entraban el desarrollo de todo progreso, sometido á un régimen en el cual la moneda no es moneda, en el cual el valor de hoy no es el valor de mañana, en el cual, con arreglo á la definición económica, los bienes del presente no pueden transformarse sin alteración en bienes del futuro.

Hay un concepto erróneo en nuestro país, según el cual, el papel moneda ha labrado la felicidad de la República.

El error resalta con sólo considerar que un pueblo vigoroso como el nuestro, activo, trabajador, no podía estancarse en su desarrollo, cualquiera que fuera la moneda que se le brindara. Pero, los resul-

tados conseguidos emanan de esta consagración de las energías nacionales á un trabajo eficaz, no emanan de la eficacia de la moneda, en manera alguna. ¿A qué hacemos el panegirico del papel moneda entonces?

En la gran China, por lo menos en una de las provincias de aquel imperio, sirven de moneda unos discos de sal que representan el valor intrínseco de este artículo. Si nosotros, en vez del billete inconvertible, hubiéramos tenido este signo de moneda, ¿cantaríamos hoy himnos á la sal? ¿Proclamaríamos que los resultados no son debidos á la producción nacional y á los poderosos resortes de la economía del país que han labrado su progreso?

Si en cambio de este régimen, hubiéramos tenido una moneda sólida, los adelantos del país hubieran alcanzado proporciones más considerables que las que vemos. La comparación de los Estados Unidos resalta de suyo. Es este un país que nace á la vida independiente, á la democracia, con muy poca anticipación á nosotros; y sin embargo sus progresos son desproporcionados con los nuestros. Nuestro clima, como ha dicho el miembro informante de la mayoría, no es un clima que ofrezca menos ventajas que el de aquel país; nuestra meteorología no presenta aquellas grandes perturbaciones que arrasan zonas extensas; y sin embargo, vemos que nuestro desenvolvimiento se estanca, que á la altura en que nos encontramos, la población de la República, que hace veinte años se calculaba en diez millones para fines del siglo, alcanzará solamente á la mitad.

No creo que pueda atribuirse á un solo factor este atraso relativo; pero que la falta de una moneda estable ha tenido la principal parte en esta falta de adelanto, es indiscutible.

De manera que la eliminación del papel moneda realizaría un verdadero desideratum económico. Y si con estos proyectos se consiguiera, excusado es decir que no habría dos opiniones al respecto y que todos estaríamos conformes en que su adopción importaría el adelanto mayor á que podríamos aspirar.

La necesidad de una moneda real, estriba en la necesidad que tienen las sociedades organizadas de una medida de todos

los factores que interesan á la vida en general.

Los países civilizados han adoptado unidades de medida tomándolas de las dimensiones invariables del mismo planeta que pisamos, haciendo medir arcos de meridiano para de ahí deducir el metro. La medida de tiempo se ha tomado del movimiento inmutable de los astros. Y la necesidad de la uniformidad de estos denominadores comunes no es menor tratándose de las medidas de tiempo y de extensión que tratándose de la medida de los valores, que rige la economía de los pueblos y preside su desenvolvimiento.

Si este resultado se alcanzara con los proyectos que se discuten, no hay que dudar de que habrían sido aceptados por la opinión, de que no se discutirían y de que habrían sido sancionados por aclamación por la opinión de la República.

En cambio, vemos que han suscitado una resistencia poco vista en nuestro modo de ser variable y frívolo, diré. Han producido hasta en el seno del poder ejecutivo dislocaciones sensibles y han dado lugar á una controversia que es de las que yo he visto prolongarse por más tiempo en la discusión de nuestros asuntos públicos.

¿Es acaso algún sentimiento hostil, alguna prevención especial, lo que ha determinado esta oposición á la iniciativa del poder ejecutivo? En manera alguna. Responde á un sentimiento, á una impresión perfectamente explicables.

El país se ha acostumbrado á ver en el valor del metálico un signo de bienandanza ó un signo de malos días; se ha acostumbrado á cifrar en la cotización de la moneda la esperanza en el día de mañana. Cuando los gobiernos han abusado del poder y han gestionado mal los intereses generales, hemos visto subir la moneda. Cuando del seno del gobierno se han lanzado declaraciones tranquilizadoras respecto de la gestión de los asuntos públicos, la moneda en el acto ha descendido. Cuando los horizontes de la patria se han oscurecido, cuando las cuestiones internacionales se han presentado con desenlaces amenazadores, inmediatamente el oro se ha refugiado en las altas cotizaciones. En cambio el anuncio de una buena cosecha, el anuncio de un buen propósito de gobierno, han bastado en repetidas ocasiones

Octubre 23 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

para hacer descender inmediatamente el metálico.

El país estaba pendiente del arreglo de la cuestión de Chile, todos los negocios estaban paralizados, el oro se mantenía en cotizaciones altas, y un buen día el patriotismo y la sabiduría, señor presidente, vinieron, como era de esperar, á dar á este problema la única solución que debía tener, la solución que consulta el decoro de los dos países y armoniza los intereses de ambos, é inmediatamente el oro tomó el camino del descenso. Y es en esta emergencia que viene la acción del poder ejecutivo, y mediante un procedimiento arbitrario se opone á esta valorización!

De aquí esta resistencia que nace en todos los ambientes, en todos los centros donde se manifiesta una opinión, porque se siente una verdadera defraudación, como cuando se pierde una esperanza que ha mantenido durante mucho tiempo los estímulos de la vida.

Y es este el principal defecto que yo señalo á estos proyectos: esta intromisión del poder público para detener el régimen de la moneda en una lucha ilusoria contra el agio, contra los especuladores, y en una pugna real contra los intereses del país, en una lucha que viene á alejar del poder público el concurso de todos los elementos que constituyen la economía nacional, y, que puestos del lado del poder, lo estimulan y robustecen en un grado increíble, alejando todas las desconfianzas, concurso que no presta el país hoy, en virtud de estos proyectos.

Otra de las virtudes, señor presidente, que se atribuye á los proyectos y que ojalá tuviera, y que á mi entender bastaría para justificarlos, es la que el señor ministro ha explicado en la sesión anterior con mucho detenimiento: la virtud de dar estabilidad al valor de la moneda.

Aseguro, señor presidente, que al escuchar al señor ministro me he preguntado varias veces si habrían cambiado los conceptos de las cosas, si el valor de las palabras del día antes sería el mismo del día en que yo le escuchaba. El señor ministro manifestaba tranquilamente, con la sinceridad que le es característica, con su honradez intelectual habitual, que llegaríamos á la estabilidad deseada con estos proyectos.

Y durante muchas horas me ha preocupado el temor de estar sufriendo una confusión terrible, de que mis ideas se hubieran trastornado hasta el punto de no entender las cosas más sencillas. Pero, consultando estas declaraciones en el contraste de los hechos, encuentro que las afirmaciones del señor ministro no están comprobadas, ni mucho menos.

Decía el señor ministro que hemos llegado á la estabilidad de la moneda. ¿A qué tipo? ¿Al tipo que los proyectos asignan, acaso?

Si el metálico ha de cotizarse invariablemente en la Bolsa, según estos proyectos, al 227 con una fracción que en aritmética se llama irreductible, ¿cómo se explica que durante estos últimos tiempos se haya estado cotizando el oro á 234 y 235, cuando se discuten estos proyectos que mandan bajarlo al 227? Y hoy mismo, al entrar á sesión, por un telegrama del Rosario que anuncia que no hay peste bubónica allí, se ha visto que el oro se ha cotizado á 240.

¿Es esta la estabilidad que se nos brinda?

Resulta, señor presidente, que entre los propósitos de los proyectos, plausibles y que todos propiciamos, y los resultados reales á que por ellos se llega, hay una diferencia tan grande como la hay entre una afirmación y una negación.

No afirman la moneda; y en cuanto á conversión, la prometen para una fecha remota, que llegará sabe Dios cuándo, señor presidente, y que ojalá llegara lo más pronto posible. Porque esta conversión que se promete no será una causa que determine la cesación del régimen de la moneda inconvertible, será un efecto, será una demostración, la demostración más evidente posible de que las finanzas públicas están bien administradas, de que la renta pública abunda, de que los gastos públicos se han reducido; en una palabra, de que reina en las finanzas la mejor de las políticas, que es la política del orden, la política del ahorro.

En seguida voy á examinar, señor presidente, en sus detalles, porque pienso hacer un resumen analítico de estos proyectos, los medios de que se dispone para llegar á este *desideratum* de la conversión. Y no hay necesidad de demostrarlo; basta enumerar estos medios para convencerse inmediatamente de que dada la masa de

papel circulante en la República, por este camino no se llegará nunca á la conversión.

Entonces tenemos que, al lado de una promesa de convertir, al lado de una fijación de la estabilidad del valor del papel moneda, que no existe, no queda sino la intromisión de los poderes públicos en las cotizaciones de la Bolsa. El poder público que antes, emitiendo papel moneda, podía trastornar esta relación de valores, hoy repudia este medio, en lo que hace muy bien; pero apela á otros medios que conducen á los mismos resultados, y que al conducir á los mismos resultados, siembran la desconfianza pública, la desconfianza que no es una vana palabra, sino que representa un estado de perturbación que puede acarrear las mayores dificultades para el desenvolvimiento de nuestra economía nacional, que á todos nos preocupa por igual.

Y hago esta declaración, señor presidente, que es el fruto de la meditación que he dedicado á estos asuntos y que, desgraciadamente, no tiene autoridad ninguna: á trueque de la conversión, yo aceptaría que el poder público fijara al papel el quebranto que quisiera, no ya que le asignara el valor de 44 centavos nominales que ahora le asigna en oro, que le asignara 40, 20 centavos, con tal de entrar al día siguiente en la conversión de verdad, es decir, con tal que todos los medios necesarios para realizarla estuvieran reunidos.

Entonces, sí, señor presidente, estaría justificada esta acción del poder público, y entonces estarían también ratificados todos los fundamentos que se hacen valer en favor de la operación que se aconseja por estos proyectos.

Se ha dicho que la desvalorización es conveniente, en lo que yo creo que hay—permítaseme la palabra, que no quiero usar ninguna que disuene—una verdadera herejía económica; se ha dicho que la desvalorización es un acto de protección, en lo cual hay una verdad á medias.

Pero estos proyectos ¿á qué conducen, señor presidente? ¿Al mantenimiento de la desvalorización? Si sus propósitos confesados se realizaran, conducirían diametralmente á lo contrario: á la conversión. Reducir el valor de la unidad monetaria, para hacer que el peso papel de hoy, que

representa, á mi entender, legalmente, un peso oro, representase menos, importaría una pérdida definitiva para los dueños de los actuales billetes; pero la conversión, que es asunto aparte, establecería la paridad entre el nuevo valor del billete y el oro: conduciría á la igualación del valor del papel moneda con el valor del oro metálico; y entonces, señor presidente, cesaría de hecho, una vez que la conversión se iniciase, este régimen de la desvalorización.

Y yo pregunto: ¿en virtud de qué ensalmo esta desvalorización, que hoy representa riqueza, mañana, al cesar de ser desvalorización, va á seguir representando riqueza? Lo que deduzco de esta contradicción es que, ó no hay sinceridad en la declaración, ó hay una verdadera confusión en el modo de apreciar los hechos. Y concluyo en esto: que sin la conversión no hay derecho de desvalorizar el papel, no hay derecho á alterar esta relación de valores entre el signo de la moneda y la moneda misma, porque eso es atribuirse la fijación de todos los precios, con la única consecuencia segura de perturbarlos todos.

Y á este respecto creo necesario rectificar—lo que parecerá realmente un atrevimiento de mi parte, tratándose de un maestro en materia jurídica como el señor ministro—la manera, no sé si equivocadamente interpretada por mí, como él ha definido el papel moneda.

Entiendo que el papel moneda no es moneda; los economistas lo llaman moneda fiduciaria cuando es moneda de confianza, que representa el metal; y cuando se está en el régimen inconvertible lo llaman moneda ficticia, y algunos más severos lo llaman moneda falsa.

Otro, con más competencia que yo, y me refiero al señor miembro informante de la comisión en minoría, ha hecho el examen legal de esta cuestión. Me guardaré bien de invadir sus dominios; pero puedo sí recordar las definiciones que contiene la ley de moneda.

La ley de 5 de noviembre de 1881, que reglamenta el artículo de la constitución nacional por el cual se asigna al poder público la facultad de sellar moneda y de fijar su valor y el de las monedas extranjeras, dispone que la unidad monetaria de la República Argentina sea el peso de oro

Octubre 23 de 1899

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

ó plata, y determina todas sus condiciones físicas: dice que su peso en oro será de un gramo seis mil ciento veintinueve diez milésimos, su título de novecientos milésimos de fino; dice también que el peso plata tendrá 25 gramos de plata, del mismo título; dispone que la casa de moneda acuñe monedas de oro y plata de distintos valores y crea el prototipo de la moneda argentina, el argentino, cuyo valor es de cinco pesos oro; ordena también que todas las monedas llevarán en el reverso *el valor* y la ley de las mismas.

¿Cuál es el valor de la moneda?

El valor intrínseco del argentino, en moneda nacional, son cinco pesos. Su relación con las monedas extranjeras está determinada por las leyes y decretos vigentes fijando la relación con la libra esterlina, con el franco, con el marco, etc. La ley dispone que las monedas de oro y plata acuñadas con arreglo á la ley serán de curso forzoso y se prohíbe la circulación legal de toda otra moneda de oro ó plata.

A este respecto puedo recordar que durante la administración del doctor Pellegrini, se dictó el decreto de 5 de diciembre de 1890, mandando cumplir la disposición de esta ley, mediante la cual, cuando se hubieran acuñado ocho millones de pesos oro y cuatro millones de pesos plata se desmonetizarían todas las demás monedas de la República. Este decreto se dictó, porque realmente la disposición de la ley se había cumplido. Pero en virtud del movimiento de la economía nacional toda esa masa de metálico había tomado el camino del extranjero.

Desmonetizadas las monedas extranjeras y no existiendo la moneda nacional, resultó que no había moneda de oro para la cancelación de los negocios que sobre esta base se hicieran en la República, y entonces fué necesario, un mes después, el 22 de enero de 1891, derogar el decreto de que he hecho mención.

La ley en su artículo 8º da el nombre de esta moneda que se adopta por la ley misma como unidad monetaria de la República, y dice textualmente: «Vencido el plazo fijado por el poder ejecutivo los tribunales, oficinas y funcionarios públicos de la nación y de las provincias no podrán admitir gestión y dar curso á acto alguno estipulado con posterioridad á esa

fecha que represente ó exprese cantidades de dinero que no sean en *moneda nacional*».

Aquí está, señor presidente, la denominación: «moneda nacional:» es un disco de oro ó de plata cuya unidad para el régimen de las transacciones es un peso y no otro.

El artículo 13 dice: «Los bancos de emisión que existen en la República deberán, dentro de los dos años de sancionada esta ley, renovar toda su emisión en billetes á *moneda nacional*».

Usa las mismas palabras que el artículo que anteriormente he leído; es decir que son términos equivalentes, en cuanto á las prescripciones de los dos artículos, la moneda nacional de oro y el billete fiduciario; de donde resulta que no hay más moneda nacional que esa moneda que fija la ley, y cuyo valor, en el metal que constituye las únicas monedas de verdad, la ley determina, y consigna también la leyenda de los billetes.

Esta terminología ha persistido y en la actualidad no hay más moneda nacional que el peso oro sellado, como no hay más monedas extranjeras que las que conocemos con las distintas denominaciones de pesetas, liras, francos, libras esterlinas, marcos ó rublos.

Es este valor de relación, de representación entre el signo monetario, que es el papel, y la moneda, el que por el proyecto en cuestión se altera.

Repito, señor presidente, que esta alteración puede aceptarse como un sacrificio en cambio de la conversión; que la conversión á la par es una aspiración nacional, es una aspiración nacional á mi entender tan honrosa como lo fué el pago íntegro que se llevó á cabo; y no sería ésta la primera nación que hubiera hecho sacrificio de intereses para salir del régimen del papel inconvertible y entrar en el régimen de la moneda de verdad.

Este hecho de la depreciación, que todos reconocen, supone puntos de relación fijos é invariables. El papel moneda no se desvaloriza con relación á su propio valor, se desvaloriza con relación á un valor estable, inconvertible, que es el peso oro; y los mismos proyectos, al decir que el peso papel moneda (que según el señor ministro es una simple entidad representativa del poder del soberano para emitir) valdrá

cuarenta y cuatro centavos oro, le asignan arbitrariamente un valor en metálico inferior; reducen el valor en metálico que por la ley de su creación tiene; pero reconocen su relación con el oro: en lugar de cien el valor será de cuarenta y cuatro y el hecho de la relación de valor queda perfectamente reconocido por los proyectos mismos y confirmado por ellos.

Chile hace la conversión de su papel moneda, y á falta de moneda de oro creada por ley suya á la cual referirlo, lo refiere á una moneda extranjera, á la inglesa y dice: peso de 18 peniques.

Nosotros tenemos el peso de 100 centavos oro; y si hoy las finanzas de la República no permiten acometer una conversión á cien por cien, reconozcamos el hecho, rindámonos á la evidencia, pero no tratemos de disimularnos la verdad económica, porque fuera de la verdad científica no hay sino errores que conducen á los peores fines.

Las cortes de los Estados Unidos resolvieron en su época, de una manera terminante é irremisible, que el poder del congreso era suficiente para dar valor cancelatorio á una tira de papel con una inscripción, con una promesa de pago. Es cierto. Pero esa acción del poder soberano ¿en qué estriba? ¿en su ejercicio intrínseco, en su aplicación de entidad soberana, ó en esta promesa que subscribe en el mismo billete que emite, de pagarlo en oportunidad? Estriba en lo segundo. Porque si bien no es una relación comercial estricta la que existe entre el gobierno y el pueblo, desde el momento en que se abandonan estas reglas del valor, se cae en el caos, en lo arbitrario,—y Dios nos libre que penetre en la conciencia del pueblo esta teoría gubernativa del papel moneda, porque sería lo suficiente para que todos se desprendieran de este signo y lo desmonetizaran en el hecho. Lejos de eso, la acción del poder público, la acción bien encaminada, la que promueve verdaderamente el progreso del país, tiene que ser aquella que infunda confianza en la moneda gubernativa, esta moneda bancaria, creada en virtud de aquella sabia ley mal aplicada entre nosotros.

Los bancos estaban obligados á pagarla. Para ello habían adquirido, mediante empréstitos, el oro necesario; con este oro

habían comprado al gobierno los fondos públicos, que según la ley, debían servir de garantía de la emisión, y con esa garantía habían entregado á la circulación los billetes inconvertibles. Más tarde el gobierno nacional se hizo cargo de las emisiones bancarias, quedando en su poder los títulos comprados por los bancos. De esta manera el gobierno tomó sobre sí todas las deudas contraídas por los emisores de este papel, recargando con ellas la deuda nacional.

El contribuyente argentino tuvo así una carga más sobre sus hombros, agregada á las muchas que gravitan sobre él y lo aplastan.

Se creería que, en compensación, el gobierno va á contribuir á robustecer esta confianza que el trabajo nacional deposita en la moneda. Por el contrario, este proyecto es tendente á destruir esa confianza; en él declara el gobierno que él desvaloriza ese papel y todavía agrega que esa desvalorización es un régimen envidiable!

¿Cuál es el alcance legal de este equivalente que la ley fija entre el peso moneda papel y los 44 centavos oro de la moneda real de la República? Ninguno. ¿Por qué el poder ejecutivo no ha proyectado una disposición por la cual todas las obligaciones contraídas á oro puedan cancelarse con 227 pesos con 27 centavos papel por cada 100 pesos oro? Porque habría sido una resolución completamente nula, no obstante esta ley que determina que para el gobierno del país 100 pesos oro son 227 pesos papel.

¿En qué transacción particular se va á cancelar una obligación de 100 pesos oro con 227 pesos papel? En ninguna, señor presidente.

La disposición de la ley quedará escrita; pero en la realidad de los hechos, el precio del oro será el precio que le fijen las transacciones comerciales del país. ¿A qué, entonces, esta disposición?

Luego, la declaración del artículo 1º no da otro resultado que el de que el país no preste fe á las resoluciones del gobierno; no influirá sobre la estabilidad del tipo, no influirá absolutamente sobre nada, y la designación del tipo quedará reducida á un acto negativo que no tiene más objeto que desvalorizar la moneda, con propósitos cuyo móvil yo no desconozco, pero

Octubre 23 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

que examinaré en seguida contrastándolos con lo hechos reales para ver si también en esta parte los proyectos realizan su objetivo.

Y este tipo de 227, ¿de dónde se ha sacado?

En los Estados Unidos el poder público ha solido de tarde en tarde apelar á las emisiones de notas de tesorería para hacerse de recursos con que atender á las necesidades de la administración, y algunas de estas emisiones son las conocidas con el nombre de notas de 7,30.

Este 7,30 designa el interés que ganan los billetes: 7,30 pesos al año por cada 100 pesos.

¿De dónde nace esta designación de 7,30? Nace de la comodidad del cálculo. 7,30 pesos al año, equivalen á 2 centavos diarios; y entonces el tenedor de un billete con interés, para saber su valor no tiene más que contar el número de días que han transcurrido desde la fecha del billete hasta la fecha en que lo tiene, y por un cálculo simple sabe el interés que ha ganado.

Aquí salimos con una cotización rara, con un número irreductible, con su parte entera y su parte fraccionaria, que la costumbre de estos pocos días avalúa en 227, pero que es 227 con una fracción compuesta por un número infinito de guarismos. Cualquiera que haga la operación de dividir 44 por 1000, verá que no hay un cociente completo. Es un defecto de forma, pero es un defecto, y por añadidura, innecesario.

La cifra adoptada, señor presidente, ha conmovido, ha agitado la opinión pública por una causa transitoria, porque era mayor que la cotización del mercado.

Yo creo que en esto ha habido un completo error; me parece que se ha anticipado la acción del poder público; que si quería hacer esta operación de conversión, ha debido dejar transcurrir más tiempo, ha debido dejar que predominara esta normalidad establecida en el país actualmente, sin temores de perturbación exterior ni interior, con el espíritu público más bien achatado, con la prosperidad general creciente, con las cosechas aumentadas, en fin, con todos estos signos de bienandanza reunidos y constituyendo un verdadero estado de felicidad relativa, que ojalá sea perpetuo para el país argentino.

Se ha fijado este tipo diciéndose que es el término medio de las cotizaciones que ha tenido el papel moneda desde la primera emisión hasta la última. Y de ahí ha salido esa cifra estravagante é irreductible de 227 y fracción, tomada como tipo de conversión.

¿Es este un término medio aritmético ó un término medio geometrico? No sé. Lo que yo encuentro, es que es un término medio incomprensible, porque no se toman términos medios de cantidades heterogéneas. Y en este caso, si bien las cifras son homogéneas, porque son cifras abstractas, las situaciones á que se refieren son completamente heterogéneas.

A estas situaciones se refieren, señor presidente, las cotizaciones: del año 80, de la guerra civil; del año 90, señor presidente, de la revolución sangrienta; del año 92, del apogeo de la crisis; del año 93, de la nueva revolución; se refieren á los tres años transcurridos del 96 al 98, es decir, á la permanencia de la intranquilidad pública ante las perspectivas de una guerra exterior.

¿Cómo hacer el término medio de estas cantidades tan distintas? Sería como decir, señor presidente, que la aurora es el promedio entre las tinieblas de la noche que la preceden y la hora vespertina que la sigue. Pero la aurora es el despertar del día; la aurora es el resurgimiento de las actividades del trabajo!

Y es que el país estaba convencido, señor, de que cerrada la contienda de límites, realmente vendría una aurora para la economía de la República, obediente á todas las influencias propicias de la naturaleza. Disipadas las causas de perturbación, este signo que encarna todos los resultados, este signo de la moneda, que se traduce aquí en la cotización del oro, que repercute en Londres en la cotización de los títulos de la deuda; este signo debía acercarse á su valor pristino, debía aumentar su valor con relación al oro, día por día. Y, en cambio de eso, tenemos una iniciativa gubernativa, que sin resolver los problemas que ella misma se propone de improviso, viene á perturbar estas aspiraciones y hace que la par, que antes se cifraba en 100, hoy se cifre en 227, lo que es una verdadera desilusión, un verdadero desencanto.



Será menester toda la persistencia de la acción gubernativa para reparar este daño real que se ha hecho y para volver las cosas á su primitivo estado, es decir, al estado en que se encontraban cuando asomaban en el horizonte todas esas causas de adelanto y de bienestar que he mencionado rápidamente.

Tanto más obligatoria es la acción del gobierno, señor, cuanto que las emisiones argentinas no han emanado, como en otros países, de circunstancias extremas. Si recorremos la historia de los países con papel inconvertible, encontramos, en general, como origen de la emisión de papel moneda, la guerra, las grandes crisis económicas, los pánicos, como el del año 37 en Estados Unidos. Pero entre nosotros, ¿de dónde emanan las emisiones de papel moneda? O son resultado de las malas finanzas, de la mala gestión de los asuntos públicos, ó son el resultado de la mala aplicación de las leyes para la creación del sistema bancario que ha debido regirnos.

Esto, á mi entender, acentúa más la obligación de los poderes públicos para con el pueblo, que usa todos esos papeles como moneda. La depreciación de las emisiones resulta así mucho menos justificada que en otros países que sufren este mal.

Podría aquilatar, señor presidente, en números, lo que representa esta fijación del tipo en relación al tipo que el mercado daba al papel en el momento en que estos proyectos se iniciaron, y se vería que representa un fuerte impuesto. No creo yo que el papel hubiera tomado una cotización inferior á 200, que ya es mucho: á un papel inconvertible, que no tiene ninguna garantía, no puede el país hacer esfuerzo más grande que llevarlo á valer la mitad del valor en oro que representa.

Tomado este tipo de 200, el peso papel valdría 50 centavos. Por los proyectos se le fija el valor de 44 centavos. En realidad su cotización, es de 41 ó 42; de manera que hay un gravamen de ocho centavos por peso, ó sea de ocho pesos oro por cada cien pesos papel, en relación á la cotización que tendría sin la intromisión del gobierno en estos asuntos.

Es un gravamen fuertísimo. Por que

hay que entender que en toda transacción que se haga á papel, el valor adquisitivo de éste está reducido en la proporción de ocho pesos oro por cada cien.

Se ha citado el ejemplo de otros países para justificar esta iniciativa. Pasarlos en revista á todos, sería largo y fatigoso. Ni la atención de la cámara está para eso, ni yo podría hacerlo. Pero noto, señor, que se han citado ejemplos que no son aplicables á nuestro caso, y que si se aplican prueban todo lo contrario de lo que se pretende demostrar.

Se ha citado en primer término el caso de los asignados franceses.

En Francia se emitieron estas cédulas hipotecarias que se llamaron asignados, sin garantía metálica, sobre ciertas garantías de bienes raíces. Más tarde estas emisiones fueron sustituidas por otras, con promesa de pago en metálico. Y estas por otras afectando todos los dominios territoriales de la República, hasta que, por último, para llegar pronto al desenlace, una vez que hubo 45.000 millones de francos en circulación, los asignados se desmonetizaron por completo.

Esto, señor presidente, en síntesis, es la historia invariable de todas las conversiones de papel moneda con papel, caso igual, ó muy parecido, al que se inicia con estos proyectos.

Para convertir es necesario constituir un fondo en metálico, constituirlo sin tortura, sin compromisos, sin obligaciones apremiantes, con dinero que no esté redituando interés que no se pueda pagar cómodamente, y poner este fondo á disposición del público. Si su cantidad es igual á la de moneda circulante, la conversión está asegurada; si hay diferencia — esto debe tenerlo muy en cuenta el gobierno — es menester que esta diferencia esté sustituida por la confianza pública, porque si falta un solo peso de papel moneda sin estar representado en el fondo de conversión, y ese peso se presenta á convertir y no se convierte, se produce de nuevo la in conversión, la quiebra.

Esto es lo que ha pasado en Francia durante la época de la revolución. Posteriormente, el año 70, el gobierno apeló al banco de Francia en demanda de recursos. El banco se los prestó, y fué necesario declarar la cesación de pagos.

Lo mismo pasó en Alemania; pero años más tarde, creo que no pasaron de nueve, el gobierno había establecido el retiro paulatino de las emisiones, conforme lo aconseja el proyecto de la minoría de la comisión de hacienda, y se reanudaron los pagos en especie. Es esta historia breve, é historia limpia.

El caso del Austria es más complicado. Austria era un país regido por el monometalismo blanco, donde la unidad monetaria era la plata, que quiso salir de este régimen, condenado precisamente por la abundancia de producción de la plata, que viene á determinar la desvalorización de esta moneda y una alteración en su relación de valor con la moneda inmutable de oro; es decir, no obstante ser un signo metálico viene á producir, aunque en mucho menor escala, los mismos inconvenientes que palpamos con las fluctuaciones del papel moneda.

El gobierno de Austria se propuso, pues, salir de este régimen, y como tenía al mismo tiempo papel inconvertible se vió obligado á resolver simultáneamente los dos problemas: la adopción del padrón de oro y la conversión de la moneda de papel, cuyo valor de relación estaba establecido respecto de la plata y no del oro. Entonces se creó en 1892 una nueva entidad monetaria, cuya unidad de cálculo es la corona, con sus subdivisiones, estableciéndose la relación fija con el papel y garantizándose éste con reservas metálicas de alguna consideración. Sin estas reservas no hubiera habido reforma posible.

En materia de régimen monetario, hay dos grandes ejemplos que se pueden citar porque se complementan mutuamente. Son los de los dos países situados en el extremo norte del mundo y en los extremos diametralmente opuestos de los regímenes de gobierno: la democracia federal de los Estados Unidos, de cuyo país hemos tomado el modelo de nuestras instituciones, y la autocracia de Rusia, bajo el gobierno del patriarca.

Estos dos países nos subministran ejemplos del mayor interés. El caso de los Estados Unidos se ha citado de un modo incompleto y el de Rusia de una manera equivocada.

Se ha hecho valer el ejemplo de los Es-

tados Unidos para fundar la autoridad que tiene el poder público para fijar una relación entre el valor de la moneda representativa y la moneda real, distinto del valor originario de la moneda representativa de oro. Creo que no era necesario determinar por un antecedente esta facultad del poder; que lo que había que hacer era demostrar la eficacia, la conveniencia, los beneficios que de esa aplicación debían resultar entre nosotros, porque la facultad no se discute.

Pero los Estados Unidos de América jamás han apelado á la desvalorización de su papel.

El señor ministro de hacienda nos decía en la sesión anterior que no había ningún país que habiendo estado bajo el régimen del papel inconvertible hubiera vuelto á la conversión reconociendo al papel el mismo valor que tuviera originariamente. Sí, señor, lo hay: los Estados Unidos. El señor ministro ha olvidado el caso. Ahora se lo voy á citar.

Se ha confundido la historia de la época colonial de los Estados Unidos con la historia de la época que se inicia con la jura de su constitución. Durante la época colonial las colonias emitían papel. Por cierto que les fué muy mal, como á nosotros.

Empezó Massachusetts en 1690. Estas emisiones coloniales, debo decir ante todo, siendo ejemplos del siglo XVIII no son las que debemos tomar por modelo para la República Argentina del siglo XX. Sin embargo, examinémoslas, señor presidente, y vamos á ver que las verdades económicas se confirman siempre y que basta apreciar los hechos tal como son para sacar de ellos la verdadera doctrina y enseñanza que encierran.

Los Estados Unidos se caracterizan como el país que más ha tardado en tener emisión de papel moneda. Se caracterizan por el horror del pueblo al papel moneda. Sus economistas y sus políticos concuerdan siempre en atribuir al papel moneda las propiedades más diabólicas, las propiedades más disolventes de todo interés.

Es menester leer las discusiones de su parlamento cada vez que de estas emisiones se ha tratado, para ver los anatemas más fundados, las condenaciones más tremendas, las censuras más enérgicas

contra este régimen, al que se acusa de todos los males imaginables.

Dice un autor, J. J. Knox, á propósito de las emisiones de las colonias, lo siguiente: «El papel moneda de las colonias, tanto el emitido por ellas como por los bancos, se depreció casi sin excepción. Se entendía que los billetes en su emisión original equivalían á la moneda acuñada; pero cuando la depreciación aumentaba hasta el punto de consternar á las autoridades, se emitía una nueva serie de billetes, con nuevas seguridades de que serían sostenidos á la par con el metálico.» Como aquí.

«Los billetes antiguos eran redimibles por los nuevos, por su valor depreciado.» Como aquí.

«Algunas veces, habiéndose depreciado también esta segunda serie de billetes, era substituída por una tercera serie, en las mismas condiciones. Estas varias series se designaban con el nombre de *tenors*,—tenores—y se usaban para distinguirlas los términos: *old tenor*, *middle tenor*, *new tenor*, *new tenor 1º*, *new tenor 2º*.»

No deseo que esto suceda aquí, porque no deseo para mi patria sino bienes y esto no puede ser sino un mal, muy grande.

Si se sancionara este proyecto, el papel de ahora, de 100 centavos por un peso, vendría á ser nuestro viejo *tenor*, reemplazado por el nuevo *tenor*, de 44 centavos por un peso.

«Sería largo, dice este autor, hacer la historia de estas emisiones; pero las mejores autoridades están contestes en que la desvalorización fué constante, ocasionando pérdidas y miserias á todas las clases de los ciudadanos.»

Es conveniente repetir esto, señor presidente, hasta incrustarlo en la conciencia pública: que debemos repudiar el sistema del papel moneda inconvertible como causa de ruina y de degradación del crédito de la República! (*Aplausos*.)

«Hemos sufrido más, dice P. Webster, por esta causa que por otra calamidad cualquiera. Ha muerto más hombres, ha perjudicado y corrompido más los intereses del país, y ha hecho mayores injusticias que las mismas armas y artificios de nuestros enemigos.»

Viene el segundo congreso continental de 1775. No teniendo ese congreso la facultad de crear impuestos se le ocurrió,

(¡cómo no se le había de ocurrir, cuando es tan fácil!) hacer una emisión de papel moneda sobre el crédito de la unión, redimible por las colonias, demostrando que éstas tenían los elementos necesarios al efecto.

La primera emisión se hizo en julio de 1775. Durante un año el papel se mantuvo á la par con el oro; en el segundo año se había depreciado á 2 por 1, — á 200, — en tres años á 4 por 1; en nueve meses más su valor relativo era de 10 por 1, — estaba á 1000—y en septiembre de 1779 valía 20 por 1. Nuestro papel moneda corriente valía 1 por 25.

«El congreso dispuso entonces que el total de la emisión no excediera de 200 millones de dollars, dice un autor, y *renovó la declaración de que este papel sería redimido á la par* (in full), tomándose el trabajo de demostrar que los Estados Unidos tenían los medios de hacerlo»—la misma demostración que se hace sobre los recursos del fondo de conversión.

«En marzo de 1780, estas emisiones se habían depreciado tanto, que su valor en especie era de 40 por 1.

«El congreso dispuso entonces que el total fuera redimido por su valor de plaza (*market value*) en metálico, y autorizó la emisión de nuevos billetes con 5 por ciento de interés pagaderos en plata y oro á los seis años de su fecha. Estas notas debían cambiarse en la proporción de un dollar de la nueva emisión por 20 dollars de la vieja (el doble de lo que valían en plaza). Durante el año 1780 las notas de la emisión primitiva bajaron á 75 por 1, en seguida cesaron de circular en los estados al norte del Potomac. En Virginia y Carolina del norte duraron un año más, y finalmente se depreciaron á 1000 por 1, cesando entonces de circular.»

Esta es la historia de las emisiones coloniales de los Estados Unidos, y, á mi entender, confirma esta aseveración: que no se convierten emisiones de papel con emisiones de papel, sino con fondos reales, con fondos de conversión constituidos con moneda metálica en la cantidad necesaria para hacer frente al monto de la emisión. Pero si ésta, señor presidente, como en el caso actual, es excesiva; si, como sucede ahora, la afluencia del instrumento del cambio produce estas conse-

Octubre 23 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

cuencias perniciosas: aumentar el precio de las cosas, encarecer la vida y alejar á los hombres que vienen de otras partes á buscar trabajo en nuestro suelo, entonces lo primero es disminuir el monto de la circulación fiduciaria. Equilibrado este monto, y abierta la conversión, es fácil regular la circulación, dando oro por papel, cuando con el exceso del instrumento de cambio aumentan los precios; y cuando no, cuando la circulación se contrae, fenómeno que hacía notar el señor miembro informante de la minoría de la comisión, soltando ese papel á trueque de la moneda de oro.

Esta historia que he relatado es la de la emisión de papel en los Estados Unidos, durante la época colonial. Después de sancionada la constitución, la historia monetaria de los Estados Unidos es una gloriosa y sencilla historia, y, cosa rara, se parece en sus resultados á la historia monetaria de la Rusia. Esta antítesis de gobiernos, coincide en esta preocupación gubernativa de dar al pueblo una moneda real, de mantenerla, y lo lograron de una manera realmente digna de admiración y de aplauso.

El mismo autor que he citado dice: «En la fecha de la adopción de la constitución de los Estados Unidos las emisiones de papel eran popularmente miradas con aversión. La experiencia de la colonia con sus billetes de crédito, como se llamaba entonces al papel moneda, había sido adquirida á costa de pérdidas y de perturbaciones políticas, y las emisiones semejantes del congreso continental habían impresionado de tal suerte el espíritu de los hombres más sabios y mejores de ese tiempo, que en la convención federal el pensamiento general fué de acerbá oposición á conceder al nuevo gobierno la facultad de emitir billetes de crédito. Basta examinar las crónicas de esos días, para convencerse de que la convención se inclinaba á la prohibición absoluta; sin embargo, se consignó la autorización».

La prueba de esta aversión está, señor presidente, en que en un plazo de 21 años, desde 1791 hasta 1812, cuando la guerra con Inglaterra, el sistema de levantar fondos por emisiones ni se sugirió en los Estados Unidos ni hubo papel moneda hasta 1862, es decir, hasta más de setenta años después de constituido el país. Du-

rante la guerra de 1812, no había empréstito posible; la guerra era con Inglaterra, la dispensadora del crédito universal, y se cerraba toda posibilidad de levantar fondos. Entonces se hizo la primera emisión de notas de tesorería con interés; de nuestras letras de tesorería, que, por una especie de delegación del congreso, puede emitir el poder ejecutivo cuando los intereses públicos lo reclaman, lo que en los Estados Unidos no se hace sino con sanciones expresas para cada caso, emanadas del congreso nacional. Esta emisión de letras de tesorería no estaba calculada para circular como moneda; eran convertibles en títulos, y se retiraron no bien terminó la guerra.

El secretario del tesoro, el ministro de hacienda de los Estados Unidos entonces, en un discurso ante la cámara, dijo que ese era un «fatal precedente» y lamentó que los Estados Unidos hubieran recurrido á ese medio de emitir letras de tesorería con interés.

En 1814, se inicia, por primera vez, un proyecto para emitir papel moneda con curso legal, que se llama en los Estados Unidos *legal tender*, es decir, papel moneda con fuerza chancelatoria mediante consignación, con todos los efectos del pago.

Esta iniciativa fracasó, y se dijo en el congreso por el secretario del tesoro entonces, Mr. Dallas, que aquello era un «expediente desesperado».

De 1815 á 1837, un espacio de veinte y dos años, las finanzas del gobierno no vuelven á apelar á este recurso ni se emite ningún papel de crédito.

Vienen los desastres financieros de 1837, y entonces se emiten nuevas notas con interés hasta 1844. Tienen que leerse, señor presidente, los discursos pronunciados en el congreso entonces, que son la condenación más elocuente, más vibrante de estos medios fáciles de hacer dinero, con solo usar el sello del soberano.

En 1857, hubo un pánico financiero y se emitieron nuevas notas, que se retiraron después.

En julio del 61, se emitieron por segunda vez las llamadas *demand notes*, notas al portador, por un valor de cincuenta millones de notas, pagaderas á la vista y al portador y recibibles por el gobierno en pago de impuestos.

Y, por último, vino la ley de 25 de febrero de 1862, en plena guerra de secesión, ley que autorizó la primera emisión de papel moneda de los Estados Unidos.

Allí, donde toda idea de emisión, según un orador del congreso, hasta entonces había sido rechazada «casi con desprecio», este papel no fué reconocido como moneda inmediatamente.

El miembro informante de la comisión en minoría, nos citaba el interesante caso de un ciudadano que no había querido recibir esa moneda; pero las cortes resolvieron que entre los poderes de guerra del congreso estaba el de dar fuerza cancelatoria á una tira de papel. Posteriormente, en 1883, las cortes confirmaron esta doctrina y la ampliaron diciendo que el congreso tiene el poder de emitir papel moneda, en la paz como en la guerra, y, desde entonces, quedó consignada en la doctrina jurídica esta facultad del congreso.

Esta emisión de papel moneda, iniciada en 1862, es á la que me he referido y cuyo relato voy á condensar en breves palabras, para rectificar el aserto del señor ministro de hacienda, que decía que en ningún país del mundo se había convertido el papel á la par.

¿Cómo nació esta primera emisión de papel moneda en los Estados Unidos? Nació en medio de las circunstancias más extraordinarias.

La guerra civil de los Estados Unidos se inició con el ataque del fuerte Sumter en 12 de abril de 1861.

Dos días después, el fuerte se rindió á los estados del sur. El presidente Lincoln llamó 75.000 hombres á las armas y declaró en estado de bloqueo á los estados del sur. Siete estados se habían organizado bajo el nombre de Estados confederados de América y se habían separado de la Unión. La primer batalla que se libró, la de Bull Run, fué perdida por las armas del norte, y en Washington hubo una alarma extraordinaria, casi un pánico. Es en estas circunstancias que el ministro de hacienda ocurre al congreso en demanda de medios extraordinarios para hacerse de recursos con que afrontar los gastos de una guerra que ya se anunciaba debía ser terrible.

Dos días después de aquella batalla, se llamaron á las armas quinientos mil hombres; y, entonces, el secretario Chase, una de las figuras más simpáticas de aquel grupo de hombres que llevó á cabo la guerra colosal contra los separatistas, y un financista de extraordinaria suspicacia y un poder de acción digno realmente de admiración, se presentó al congreso pidiendo, como digo, recursos para la guerra, el 4 de julio de 1861.

En 28 de diciembre de 1861 se decretó la suspensión de pagos en especie. Omito detalles.

Comenzó esta guerra colosal, cuyos cadáveres se contaron por miles, y cuyos gastos ascienden á sumas fabulosas. Puede decirse que jamás se ha contraído más rápidamente una gran deuda nacional.

En 1835 los Estados Unidos no tenían deuda.

La guerra empezó en abril de 1861. El general Lee se rindió en abril de 1865. El 1º de julio de 1861 la deuda pública de los Estados Unidos era de 90.000.000 de dollars. El 1º de agosto de 1865 era de 2.845.907.000. Es en esas circunstancias—y esto lo digo por lo del *término medio*—que se inició la primera emisión de papel moneda en los Estados Unidos. En estos 2.845 millones van incluidos 433 millones de papel moneda, porque en los Estados Unidos, como en muchos países de Europa, creo que en todos—no lo afirmo, porque no he verificado el dato—las emisiones de los gobiernos figuran en la deuda pública, aunque el papel no gana interés.

El secretario Chase se presentó al congreso, concluida la guerra, y en un gran discurso pronunció las palabras que se leen en este párrafo: «Se requerirá el mayor cuidado para impedir la degradación de estos billetes en un papel inconvertible, porque seguramente no hay expediente más fatal para empobrecer las masas y desacreditar el gobierno.»

Escuche el señor ministro y vea cómo los financistas de los Estados Unidos no comparten sus opiniones sobre la desvalorización del papel moneda.

El secretario Mac Culloch en su memoria de 1865 expresó su opinión de que las leyes de emisión de papel moneda eran medidas de guerra y no debían permanecer en vigencia un día más de lo necesario para

Octubre 23 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

habilitar al público á la vuelta del padrón á oro.

En marzo de 1866 se dictó una ley autorizando el retiro y cancelación de diez millones de pesos papel en los primeros seis meses siguientes, y en adelante hasta cuatro millones por mes.

En junio 20 de 1874 se fijó el máximo de la emisión en 382.000.000

Va á ver la honorable cámara la curva de las cotizaciones del oro en medio de esta época de profunda perturbación; va á ver cómo las emisiones lanzadas en las épocas en que el papel representativo del dollar estaba depreciado, no se calculaban con depreciación más adelante cuando se trataba de volver á los pagos en especie, sino que se calculaban por su valor íntegro, no por el valor que les daba la cotización del mercado.

En los diecisiete años que van desde el año 1862 hasta el 1879 las cotizaciones del papel moneda fueron, en la fecha del 1.º de julio, las siguientes:

El año 1862 había 96.000.000 de emisión, ya declarada la guerra, y el dollar papel valía 86 centavos oro. Al año siguiente se habían emitido 201.000.000 más, lo que hacía 297.000.000 de emisión, y el dollar valía 76 centavos oro.

El año 1864 se aumentó con 134.000.000, llegando la emisión á 431.000.000, y el dollar valía 38 centavos; fué su mínimo valor, que equivale, en nuestro sistema de cotización, á 263 por ciento.

El año 1865, último de la guerra, se emitió un millón más, llegando la emisión á 432.000.000, y el valor del dollar á 70 centavos oro.

El año 1866 se retiraron 32.000.000, quedando el total de la emisión en 400.000.000, y el valor del dollar en 66 centavos oro.

El año 1867 se retiraron 29.000.000 más, quedando el total de la emisión en 371.000.000, y el valor del dollar en 71 centavos oro.

En los seis años que van del 68 al 73 la emisión se mantuvo en 356.000.000, es decir, 15.000.000 menos que el año 67; el dollar fluctuó en todo ese tiempo teniendo los valores de 70, 73, 75, 89, 87, 86 centavos.

En 1874 se aumentaba la emisión en 26.000.000, porque lo requerían las necesidades del comercio, es decir, se aumentó á 382.000.000, y la cotización fué de 91 cen-

tavos por peso papel. El año 1875 se retiraron 7.000.000; la cotización bajaba, el peso papel valía 87 centavos. El año 1876 se retiraron 6.000.000 más, quedando la circulación en 369.000.000; el dollar se cotizaba á 89 centavos. El año 1877 se retiraron 10.000.000 más; la circulación quedaba en 359.000.000; el dollar papel valía 94 centavos oro. El año 1878 se retiraron 13.000.000 más; la circulación quedaba en 346.000.000 —muy poco más de lo que tenemos— y el dollar se cotizaba á 99 centavos.

Por último, el año 1879, con la misma circulación de 346.000.000 la cotización alcanzó á la honrosa cifra de 100 centavos por dollar, es decir, á la par.

En diecisiete años el papel volvía á la par después de haber pasado aquel país por la más tremenda guerra que han presenciado las sociedades modernas, puedo decir.

El día de la reasunción de pagos había en tesorería 135.000 000 de pesos oro para hacer frente á una emisión de 346.000.000. Pero lejos de disminuir esta existencia por las solicitudes de canje de papel por oro, aumentó, porque el pueblo prefirió las emisiones del gobierno al oro mismo.

Y yo digo, señor presidente, que este es el galardón de los gobiernos de ley, que respetan los derechos de los ciudadanos á la par que sus intereses; y que ojalá el mismo caso se presente cuando se aplique este proyecto de conversión! (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

**Sr. Varela Ortiz**—Podríamos pasar á cuarto intermedio.

**Sr. Presidente**—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vuelto á sus asientos los señores diputados, dice el

**Sr. Presidente**—Continúa la sesión.

**Sr. Mitre**—Se ha visto, señor presidente, los antecedentes que los Estados Unidos nos subministran para el estudio de la cuestión que nos ocupa y cómo después de diecisiete años de haber vivido en el régimen de la inconvención de la moneda, el gobierno de aquel país reasume los pagos en especie y paga por el billete el valor originario que tenía.

Una ley de la Union Americana confiere al secretario del tesoro los medios necesarios para regir el sistema circulatorio, y

en virtud de esa disposición el gobierno americano emite títulos de deuda pública, siempre que el medio circulante se contrae y la moneda de oro amenaza salir al exterior. Con la emisión de estos títulos de crédito el gobierno da aplicación á la moneda sobrante, que se invierte en los títulos con la seguridad de su perfecto servicio, lo que permite colocar á un interés apreciable el oro que de otra manera no tendría aplicación.

Este cuadro que he esbozado á grandes rasgos de la dirección dada por los Estados Unidos al sistema monetario, se complementa con la acción del gobierno en lo relativo á la deuda de aquel país.

Entre nosotros, señor presidente, como tendré ocasión de hacer resaltar poco más adelante, me parece que en lo que respecta á la deuda pública no impera la política financiera que la ciencia aconseja y que nuestro sistema tributario casi hace imperativa. Creo, señor, que el abandono de los servicios de amortización, impuesto por las necesidades públicas, es el peor de los sistemas, porque recarga de intereses al erario, que, en el curso de pocos años, representan una suma de extraordinaria consideración para un país de la capacidad impositiva del nuestro.

A más de eso, se han hecho emisiones sucesivas para atender todos los déficits del presupuesto, y hoy la deuda pública llega á cifras alarmantes y el servicio de los intereses representa en un curso de doce años casi el total de la misma deuda. Hemos de ver más adelante estas cifras que por el momento sólo menciono.

La política adoptada por los Estados Unidos con relación á su deuda externa, ha sido la de pagar todo lo posible, á fin de aliviar al tesoro del servicio de intereses, que llega á ser extraordinariamente gravoso. Y así, la deuda de los Estados Unidos, que en agosto 1.º del 65, cuando terminó la guerra, ascendía á dos mil ochocientos cuarenta y cinco millones de dollars, en la actualidad está reducida á mil ciento veintidós millones de dollars. Se ha amortizado en estos treinta y cuatro años mil seiscientos treinta y cinco millones de dollars. El servicio de intereses de la actual deuda es sólo de treinta y siete millones al año, es decir, importa una cifra muy poco superior á la cantidad que paga

la República Argentina, siendo tan notable la desproporción de la riqueza pública de uno y otro país y de su capacidad impositiva.

Los Estados Unidos nos dan el ejemplo de un país que, habiéndose visto obligado á apelar al papel moneda inconvertible volvió al regimen de los pagos en especies, sin perturbación ninguna de los intereses públicos, sin quebranto de derecho alguno.

Propiamente puede decirse de los Estados Unidos, prescindiendo de toda consideración de detalle y viendo sólo el cuadro en conjunto, que es un país sin historia monetaria, y de él puede decirse también con verdad lo que de los países que no tienen historia: felices ellos!

El ejemplo de Rusia que he mencionado, se aplica á nuestro caso por otro orden de consideraciones, se aplica porque el sistema de conversión iniciado por los proyectos que nos ocupan, se parece en algo, á lo menos en sus objetos confesados, á lo que se propusieron los financistas de aquel vasto imperio, si bien en la aplicación difieren por entero.

Mi propósito, al exponer á la honorable cámara, tal vez con detalles un poco fatigantes, los antecedentes de aquella conversión, es hacer resaltar la diferencia de medios aplicados, para poder sacar esta deducción: que si por aquellos medios se llegó al resultado buscado y los medios que aplicamos nosotros son distintos, necesariamente, en buena lógica, no vamos á llegar al logro de los mismos propósitos, vamos á quedar en las mismas circunstancias que estamos actualmente.

En Rusia, en 1810, regido el país por el sistema monetario del padrón de plata, había una emisión de rublos á papel que ascendía á 567 millones, y cuya historia interesa recordar en nuestro caso, porque esa emisión se originó en buena parte de las guerras napoleónicas, pero en buena parte también de numerosas tentativas para dar vida á las industrias agrícolas del país; se incurrió allí en el mismo error en que se incurrirá siempre que se trate de proteger, por medio del sistema monetario, — cuando se tiene el propósito de dar á la moneda estabilidad inmutable, — una industria tan variable como la agricultura, que, si se fuera á

Octubre 23 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

buscar un emblema de lo variable, ella podría servir al efecto, porque depende de las mutaciones del tiempo, de los cambios atmosféricos, de un año de seca ó de lluvia.

Los rusos purgaron este pecado, este error económico, de pretender seguir, mediante la aplicación de los recursos públicos, la marcha y desenvolvimiento de una industria como esta. Durante muchos años, hasta el año 43, en vano se quisieron aplicar procedimientos para salir de la inconvención.

El rublo, que se llamaba *rublo asignado* entonces, había variado entre límites muy separados: en 1807 llegó á cotizarse á 154; en 1808, subió á 201; en 1810, se depreció hasta la cotización de 401, es decir no valía sino 23 y medio centavos plata.

En ese mismo año se hizo un empréstito de consolidación, pero la cantidad de billetes destruidos no pasó de cinco millones de rublos: fué una tentativa que fracasó por completo.

En 1812 se dió al papel así depreciado la calidad de moneda legal.

Excuso hacer la historia de las fluctuaciones de aquel papel, que refleja en mucho las fluctuaciones del papel argentino.

El gobierno trató varias veces de fijar el valor del papel con respecto al metálico, pero todos los decretos expedidos con ese objeto quedaron sin efecto, hasta que en 1843 se creó el *rublo crédito*, que es el rublo actual, y se emitieron 170 millones para recoger los billetes circulantes ó rublos asignados. La garantía de esta emisión consistía en 70 millones de rublos, que dos años después subieron á 821/2 millones de rublos en metálico, es decir, casi la mitad de la emisión circulante.

Aun asimismo no se consiguió dar estabilidad al papel moneda; no se logró este objetivo que los proyectos se proponen con el solo recurso de fijar el valor del papel en 227 %, sin tener el gobierno un solo peso efectivo en caja.

Es sabido que la conversión en Rusia recién se ha consumado el primero de enero de 1898. Estas fechas, este trascurso de años, desde 1843 hasta 1898, basta para impresionar suficientemente el ánimo y dar á entender cómo estas evoluciones no se pueden completar mediante una iniciativa por poderosa que sea.

Y la que acompaña á este proyecto, cómo

plene decirlo, no puede ser más poderosa; no puede ser más eficazmente dotada, tanto que creo, sin elogio, que cualquier país de los regidos por instituciones parecidas á las nuestras, quisiera poner iniciativas semejantes al servicio de sus problemas de gobierno.

Pero así y todo, señor, no basta. Mientras las emisiones no lleven tras de sí recursos en metálico efectivo, no se puede llegar á la conversión. Esta es la lección que la Rusia nos enseña.

Cuando empezó la guerra de Crimea, los billetes en circulación no pasaban de 300 millones de rublos.

El año 57, que fué el siguiente á la terminación de la campaña, el total había subido á 755 millones de rublos, y hubo que suspender los pagos en metálico no obstante los fuertes encajes ya reunidos.

Vuelta la paz, se produjo una mejora en la situación, hasta que en 1860 se fundó el Banco imperial de Rusia, en parte sobre el modelo del Banco de Inglaterra.

En 1862 se levantó en Londres el empréstito de 15 millones de libras esterlinas, que nos señalaba el miembro informante de la minoría de la comisión.

Fué entonces que quiso hacerse esta conversión á un precio escalonado de descenso, en circunstancias, como muy bien ha indicado el señor miembro informante de la minoría, distintas de las que se aconseja en su proyecto. Allí se trataba de convertir en realidad, de dar el oro que existía en las arcas públicas en cambio de papel, hoy á un tipo, mañana á un tipo más ventajoso para el tenedor de papel; y así sucesivamente.

¿Y qué ocurrió? que el que tenía papel se guardaba muy bien de llevarlo á convertir, porque sabía que más adelante le darían más oro por él. Algo más, el que tenía oro lo llevaba á las arcas públicas para cambiarlo por papel en la seguridad de que con éste obtendría poco tiempo después más oro. Así es que esta iniciativa fracasó también, no obstante tener á su servicio las eminencias de las finanzas rusas, de cuya eficacia se tienen pruebas en la terminación de sus grandes problemas financieros.

Una revolución en Polonia concurrió á malograr el plan, y el banco tuvo que suspender los pagos en oro.



Con la guerra de Turquía en 1876 aumentaron también los billetes en circulación: Rusia tuvo que emitir 500 millones. Esta es la última emisión grande que se ha hecho, si no estoy mal informado.

Desde entonces los ministros de hacienda han desarrollado un plan extraordinario, pertinaz, de conversión de verdad, mediante el cual han llegado á resultados que con ser grandiosos no son todavía definitivos, ni tienen completamente tranquilos á los estadistas rusos. Temen, como lo voy á demostrar con una transcripción que leeré en seguida, que de un momento á otro cualquier causa imprevista venga y eche por tierra toda su obra.

Hoy la moneda de oro de Rusia se puede cambiar á la par por los billetes, habiéndose fijado una relación al rublo crédito con el oro, de uno y medio á uno, y habiéndose eliminado la relación con la plata, admitiéndose esta en los pagos hasta la suma de cincuenta rublos, con excepción de ciertos impuestos y pagos al gobierno. Pero la Rusia quedó regida por el régimen monetario del oro, y la transición entre la relación del rublo crédito y la plata quedó suprimida de hecho.

Hay una monografía interesantísima sobre esta conversión de Rusia, que al mismo tiempo es una fuente de sana doctrina económica. Es el libro de Lorini, el financista italiano mandado por el gobierno de Italia á levantar un informe sobre esta evolución monetaria de la Rusia. A él pertenecen algunos párrafos que me voy á permitir leer, salteando muchos, porque sería muy largo. En ellos se refiere cómo se ha llegado, grado por grado, hasta los resultados alcanzados, ésto es, al establecimiento definitivo de la conversión.

Refiere Lorini cómo las críticas de las bolsas extranjeras, sobre todo de la bolsa de Berlín, estimularon el celo de los financistas rusos, en el sentido de acabar con aquella situación que atraía á Rusia, dice el autor, las miradas compasivas de todo el mundo; y un buen día, el diario oficial de San Petersburgo, anunció que en las arcas del Estado había dos mil quinientos millones de francos en oro, es decir, una suma mayor que la de los bancos de Inglaterra y de Francia juntos, y que sobre esta base, el gobierno iba á iniciar un plan de conversión.

Desde entonces, dice Lorini, habiendo hecho conocer á los círculos comerciales su fuerza, el ministro De Witte continuó su camino con autoridad incontrastable.

El lustro transcurrido desde agosto de 1892 hasta agosto de 1897, exige un análisis minucioso, pues es el período que comprende los actos más recientes, destinados á reparar la reforma de la actual situación.

El primer obstáculo grave que era preciso evitar, provenía de la situación anormal que creaba el rublo crédito, oscilando bruscamente entre 30 y 65 %.

¿Qué hizo el gobierno ruso, señor presidente? ¿Abrir una oficina de conversión, habilitada con suficiente stock de billetes de papel para comprar el oro á precio más alto que el que el mercado ofrecía? Absolutamente.

«El rublo crédito, dice, se había convertido en una verdadera ficha del juego de la bolsa, con detrimento de la industria y del comercio. Por eso, el ministro de hacienda fijó su atención en ese punto. No sólo trató de disminuir esa fluctuación, poniendo término al mencionado juego de azar y restableciendo el equilibrio de la oferta y la demanda del papel moneda y del oro, sino que también se dedicó en seguida á forzar al rublo crédito á mantenerse firme en una cotización dada, por medio de una serie de medidas financieras y administrativas.»

A decir verdad, dice Lorini, la especulación quería gozar de las anomalías de que ya hemos hablado, y que era necesario destruir. Con ese movimiento que obedecía al interés individual, sacaba á luz el mal que afligía á la vida colectiva.

Porque es de notar que este mismo autor hace una tesis de la especulación de bolsa, y demuestra cómo es la especulación una acción comparable, diré, á la de la tuberculina para denotar la presencia de ciertas enfermedades en el ganado, enfermedades que no teniendo síntomas externos, merced á la acción de este agente se exteriorizan y permiten hacer el diagnóstico con toda seguridad.

Dice Lorini, que la especulación no hace sino acentuar el estado real del mercado, de manera que cuando el papel ó moneda pública está en baja, la especulación juega á la baja, y cuando las causas

exteriores son de alza, la especulación juega al alza. Y desarrolla con mucho acierto y muchas razones esta teoría.

«Por otra parte, continúa Lorini, el gobierno esperaba que para mantener su doble crédito, bastaba con decir, en 1892, que tenía guardada una reserva en oro, y se engañó desde el principio. Era preciso que esta reserva, en la parte estrictamente necesaria al consumo, fuera puesta á su disposición efectiva.»

Existiendo la reserva por un monto bastante considerable para hacer frente á la conversión, esta existencia no alcanzaba á determinar una cotización estable en la bolsa.

¿Cómo vamos á creer que vamos á realizar ese desiderátum de la fijación del tipo de nuestra moneda de papel, cuando no hemos empezado siquiera á hacer un encaje para la conversión y cuando el único medio prácticamente eficaz de garantizar la moneda fiduciaria, es cambiarla á la vista por verdadera moneda?

Sigue este autor: «Y puesto que quizás no era ni prudente ni posible en ese momento hacer cesar el juego de la especulación con la vuelta de improviso á los pagos en metálico, los remedios hábiles y verdaderamente eficaces fueron:

«Primero, la decisión de la administración de hacienda de proporcionar un punto de equilibrio á las demandas y ofertas de letras para el extranjero, no negándose en adelante á comprar al tipo de 218 marcos las letras de 100 rublos, ni á venderlas á 220, medida que contuvo de golpe toda especulación de bolsa; segundo, la autorización al banco de comprar *y vender* oro, siempre y en cualquier momento, al tipo de medio imperial por siete y medio rublos crédito.

«Sólo así pudo de Witte infligir á los grandes especuladores á la baja de Berlín la célebre derrota de fines de octubre de 1894, que figurará en el número de sus más hermosas victorias. Pagó hasta 17 marcos por cada 100 rublos de *report*, mientras el rublo-crédito, rayado de entre los valores de agio, se encaminó hacia esa cotización fija que se mantiene en el mercado desde 1895; y que *por una última disposición* ha llegado á ser inconvencional.

«No es pequeño motivo de alabanza para la administración de la hacienda rusa el

haber tenido en cuenta esta otra advertencia dada por la ciencia, á saber: que para reasumir los pagos en metálico no basta tener una provisión de oro y promulgar la pronta abolición del curso forzoso, sino además preparar un buen terreno para la reforma, y acostumbrar al país y á la circulación al nuevo orden de cosas.

«Para alcanzar esos diferentes fines se ha servido de Witte de un encadenamiento de excelentes disposiciones: *a*, la ordenanza monetaria de 1893; *b*, la admisión del oro en el pago de los impuestos internos sobre las bebidas, la cerveza, el tabaco, el azúcar, el petróleo, etc.»

Hago notar que por estos proyectos se estatuye, tal vez sin quererlo, la eliminación completa del oro del pago de los impuestos, como lo demostraré oportunamente, si no se me pasa.

*c*. La autorización concedida el 15 de marzo de 1895 al Banco de Estado para que aceptara oro y expidiera conformes de depósito; lo mismo que para que hiciera negocios sobre monedas de oro y las aceptara en cuenta corriente; *d*, la ordenanza de 1895, que reconocía con mayor claridad como legalmente válido todo contrato ó caución cuyo monto estuviera especificado en rublos oro.

Esto no se aplica á nosotros; en Rusia era necesario porque el oro no era moneda legal.

*e*. La obligación de recibir oro en metálico ó en conformes del banco, en todos los pagos hechos á las cajas del tesoro del estado, así como á las compañías de ferrocarriles y en general á las cajas públicas ó privadas.

«Pero, cuán violentas y numerosas fueron las discusiones que esta medida suscitó»

Y llamo la atención sobre este párrafo:

«Se hizo un cargo á de Witte por querer poner en circulación el oro, *antes de haber determinado por ley su relación fija con la antigua moneda.*»

Es decir; allí no se hizo lo que forma la parte fundamental de estos proyectos, no se fijó legalmente la relación entre el papel y el oro, sino que después de haber acostumbrado al país á una cotización y de haberla mantenido mediante medidas administrativas, un buen día se abrió la conversión á tipo fijo, sin alterar en lo

mínimo, como dice el mismo autor, el estado de cosas existente. Aquí empezamos por el fin.

Sobre esta clase de conversión que el proyecto determina, hay también en Rusia un antecedente, y es el siguiente, según el texto de que me estoy ocupando:

«Es casi un absurdo, dice Lorini, hacer un parangón entre los billetes de depósito del banco del comercio, de 1839, y los conformes de depósito del banco del estado de 1898. En la primera de esas fechas, por decreto senatorial del 1º de julio, Cancrin instituyó una caja especial, que desde el 1º de enero de 1880 acogía los depósitos en oro, en plata, en monedas ó en lingotes (decreto del 10 de febrero de 1841), dando en cambio certificados de 3, 5, 10, 25 y más tarde de 100 rublos, con el fin de constituir una reserva inalienable, *un fondo que pudiera después servir para la creación de un nuevo papel moneda* que substituyera al asignado; es decir, que tendía, en resumen, á crear un certificado de compromiso, que sirviera de intermediario entre el papel moneda en extremo menospreciado, y el futuro papel moneda resultante de las últimas disposiciones; papel moneda que se preveía, sin embargo, debería continuar alimentando la circulación.»

Cuando se han iniciado estos proyectos, se ha dicho en su favor que iban á dar precisamente este resultado que no dieron en Rusia: que pagando el gobierno 250 pesos papel por 100 pesos oro, cuando en el mercado no valía sino 220 ó 230, todo el mundo se apresuraría á llevar sus existencias en oro á esta oficina de conversión y se encontraría el gobierno de la noche á la mañana, con un enorme stock metálico, con el cual podría hacer frente á la conversión.

Los hechos actuales están probando lo irrisorio de estos cálculos, pues inmediatamente que se han dado por sancionados estos proyectos y por fijada la cotización en 227, el oro ha puesto un buen trecho entre la cotización real y la cotización legal.

De manera, que, abierta la oficina de cambio, se puede asegurar con entera certidumbre que no va á funcionar, porque nadie le va á llevar oro.

«En 1895, de Witte no venía á reclamar subsidio alguno de los depositantes: su

fondo de cambio era ya elevado, y el ministro sabía que el año siguiente aumentaría. No tendía á substituir con el papel nuevo el papel antiguo, ni á quitar al público ninguna de las monedas metálicas, para acreditar así los nuevos símbolos fiduciarios. Quería, por el contrario, comenzar de esa manera una serie de experimentos que condujeran á la nación á la circulación metálica.

«Todo eso no podía ser más que objeto de una ordenanza administrativa. *Pretender que de Witte habria debido primero formular, mediante una ley, una relación fija* entre el rublo oro y el rublo crédito, y que habria debido igualmente sancionar primero por una ley, la función de los nuevos depósitos en oro, era engañarse completamente sobre el objeto que se proponía el ministro con la ayuda de esa medida.»

Con esto, señor presidente, creo excusado decir más para marcar la diferencia que existe entre este plan de conversión real de la Rusia y el plan de conversión que presenta el poder ejecutivo.

Y voy á terminar con estas citas ya demasiado largas.

«Una vez que las oscilaciones, primero convulsivas, después normales, del rublo crédito, quedaron suprimidas en el mercado libre por la relación fija con el oro de 1 1/2 á 1; una vez que la paridad de 1 1/2 rublo-crédito igual á un rublo oro quedó determinada *por el presupuesto y en los pagos públicos*, las nuevas medidas adoptadas en el curso de 1896 por la administración de hacienda del imperio con el objeto de asegurar el éxito de la reforma, están resumidas por de Witte, en su último informe de 1º de Enero de 1897, y son:

1º El hecho de contraer un empréstito oro de 3 % conforme al ukase del 8 de julio de 1896, al precio de emisión de 92.30 %, con un interés efectivamente menos oneroso que todos los títulos rusos precedentes. Empréstito concluido en gran parte en el extranjero, gracias al apoyo sincero y entusiasta de la bolsa de París, y cuyo producto, llevado mediante la aplicación de las sumas del tesoro disponibles á un total de 100 millones rublos oro, fué destinado á reembolsar al banco del Estado una parte de la deuda no productiva de interés del tesoro, procedente de la emisión de los

Octubre 23 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

billetes de crédito.» (En Rusia también, señor presidente, estos títulos son deuda pública).

2º El hecho de dejar al oro infiltrarse gradualmente en la circulación, por medio de las cajas públicas y de las del banco, de manera que, entre los 693 millones de rublos de oro emitidos y los 663 millones entrados ya en el curso del año, 25 millones fueron absorbidos irremisiblemente por las necesidades monetarias del país.

3º La determinación de condiciones y de tarifas especiales, fijadas en el banco para las compras del oro extranjero presentado por los particulares, medio por el cual, del 1º de enero al 30 de noviembre de 1896, la provisión de oro acuñado se aumentó en 65 millones de rublos.

4º Las compras de plata, hechas por más de 4 millones de libras esterlinas (25 millones de rublos), es decir, por un millón de libras esterlinas más que durante el año fiscal de 1895, y que constituyen una reserva con la cual se acuñaron 43 millones de rublos de moneda de plata.

5º El úkase imperial del 8 de agosto de 1896, que decretó el principio invariable del rublo-oro, desde el 1º de enero de 1898, y estipuló que desde la fecha del úkase y durante todo el año de 1897, las cajas públicas y las de las compañías de los ferrocarriles tendrían la obligación de recibir, y las oficinas del banco de estado y sus sucursales de comprar y vender monedas de oro rusas, conforme á la relación vigente de 7,50 rublos-crédito, por cada medio imperial.

6º El úkase soberano de fecha 1º de enero de 1897 que, como suprema confirmación de la anterior, ordena se acuñen nuevos imperiales y medios imperiales del mismo título, ley, peso y dimensiones de los que estaban en curso, y que llevan la mención de su valor, sea 15 rublos-crédito, para los primeros y 7 rublos 50 kopeks para los segundos.»

Esta es, señor presidente, la diferencia esencial entre la conversión rusa y este esbozo de conversión argentina.

Los rusos tenían su imperial que valía diez rublos oro. El día que por decreto imperial quedó fijada la relación del oro con el papel en razón de 1 á 1 1/2, sobre los cuños del imperial, de oro, que valía diez rublos, se puso la inscripción de 15 rublos.

Se bajó el valor del rublo y se fijó inalterablemente en el reverso del imperial, en la moneda de verdad; es decir, que los rusos tomaron su moneda de oro é inscribieron en ella: «esto es papel», mientras que nosotros tomamos nuestra moneda de papel, y pretendemos inscribir en su leyenda: «esto es oro.» (*Risas.*)

¿Cuáles son, señor presidente, los medios para llegar á estos resultados, tan apetecibles como se aconsejan con relación á este proyecto?

Como he dicho, aunque escudriñemos los documentos públicos relacionados con el ministerio de hacienda, anteriores á esta iniciativa, no se encuentra en ellos rastro ninguno, y lo único que se puede citar es el mensaje con que acompañó los proyectos. En ese documento no están sino esbozados los fundamentos generales de ellos, pero la manera de llevarlos á cabo no consta sino en el artículo que dispone que determinados recursos han de aplicarse á la conversión.

Ese artículo, señor presidente, no crea nada. Los medios para convertir no se crean con enumerarlos: si existen, la enumeración no cambia nada, la situación queda la misma; y si no existen, por más que se inscriban con letras de oro, la realidad de ellos nunca se alcanzará.

Por último, para concluir con este ejemplo de la Rusia, recordaré que se siguió allí respecto de la deuda pública el procedimiento aplicado en los Estados Unidos, la disminución del servicio, tanto que ese servicio que era de 281 millones de rublos el año 87, el 92 era sólo de 256 millones; se había reducido en 25 millones para desahogar al tesoro y ponerlo á cubierto de toda eventualidad que pudiera venir á comprometer la constitución del fondo de conversión.

Excuso dar otros datos respecto á las innovaciones introducidas en el régimen financiero de aquel imperio, todas tendentes á asegurar el problema de la conversión de la moneda. Me basta citar esta cifra: la reserva de oro en 1º de enero de 1897 era de 813 millones de rublos efectivos. El señor Lorini dice: yo lo he visto por mis ojos. Porque se dudaba en Europa que semejante masa de oro estuviera allí aglomerada. Entonces, invitado por el gobernador del banco, el señor Lorini se tras-

ladó allí y comprobó la composición del fondo depositado.

Esta enorme masa subía, como digo, á 813 millones de rublos efectivos, ó sea un equivalente de 1219 millones de rublos-crédito, y la emisión en la misma fecha era de 1125 millones; de manera que había un excedente de 94 millones de rublos-crédito, con el cual el ministro de finanzas estaba habilitado para atender á las necesidades de la conversión y expansión de la circulación fiduciaria.

La ley dispone allí que hasta 800 millones de rublos, la garantía en metálico debe ser la mitad de la cifra total de la circulación en papel, y de ahí en adelante cada rublo en papel que salga á la circulación, debe tener su garantía metálica en la caja del banco.

Y como comentario, al final de todo este cuadro, del que nos vanagloriaríamos nosotros, con nuestro entusiasmo latino que nos llevaría á ensalzarnos y ponernos por las nubes, trae el señor Lorini este pequeño párrafo: «Esta masa de oro considerable, cuya cifra es causa de orgullo legítimo y de esperanzas (¡nada más que esperanzas!) bien fundadas para el porvenir de la administración financiera rusa, despierta también las más graves aprensiones y es objeto de preocupaciones para el gobierno y para todos los amigos del imperio, porque basta un paso en falso, un principio científico mal comprendido, una mala interpretación de los fenómenos del mercado, una perturbación política, para comprometer de un golpe, en gran parte, los magníficos resultados que ha obtenido.»

Esta es discreción y es prudencia, señor presidente!

**Sr. Presidente** — Si el señor diputado está fatigado podríamos pasar á cuarto intermedio.

**Sr. Mitre** — Ó si lo está la cámara....

**Varios señores diputados** — No, nó!

**Sr. Varela Ortiz** — En todo caso, quizá fuera preferible que el cuarto intermedio fuera hasta mañana.

**Sr. Mitre** — Si la cámara no está fatigada yo puedo continuar un poco más.

**Sr. Gómez (I.)** — Perfectamente.

**Sr. Mitre** — No señalaré los contrastes que la iniciativa que nos ocupa presenta con estas otras que acabo de relatar referentes á otros países.

Pero hago notar el error fundamental que se comete en comprometer, señor presidente, declaraciones de gobierno que pueden llevar la desconfianza, que pueden determinar ese movimiento de metalización contrario á los intereses generales, que pueden sacar de los canales de la circulación la moneda misma, la que el gobierno debía tener principal interés en valorizar.

Si la desvalorización conviniera, como se ha dicho, con sólo recoger la emisión actual y dar en cambio otra que valiera la mitad — dos pesos por uno — habríamos acentuado el fenómeno y sin duda cosechado todas las ventajas que esto pueda comportar.

Pero basta enunciar este hecho para desecharlo como contrario á todos los intereses del país; porque es desconocer realmente la naturaleza del fenómeno de la desvalorización, que es un fenómeno muy distinto del agio.

Se ha hecho un cargo á los tenedores de billetes.

Los tenedores de billetes son, en la exposición que se ha hecho en favor de estos proyectos, el *anima vile* de la experimentación monetaria y se les ha tratado con marcada desconsideración.

Se ha hecho una entidad aparte de los que tienen los billetes y de aquellos que no los tienen, diciéndose que los primeros aguardan con los brazos cruzados á que el país les valore su papel.

Esto querría decir que solamente tienen billetes los que no trabajan, los desocupados, que pueden pasar la vida de brazos cruzados; pero creo que la verdad es otra. Yo creo que no tienen billetes sino los que trabajan y que la serie de los desocupados es la que menos debe preocuparnos en la resolución de estos asuntos. (*Risas*).

Me parece que esto es alterar los términos de la cuestión y falsear todos sus fundamentos. Los billetes, á falta de otra moneda, constituyen la remuneración del trabajo nacional, constituyen el fruto del ahorro. Valorizar el papel, lo que no causa perjuicio ninguno para el gobierno, puesto que no paga interés por esta deuda, debe ser para el poder público un motivo de íntima satisfacción; en manera alguna un fenómeno contrario que se deba combatir por todos los medios.

Octubre 23 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

4.ª Sesión de prórroga.

Se dice: los tenedores han retenido los billetes.

Yo pregunto ¿qué se quería que hicieran? ¿Que los echaran al fuego? Quien estaba obligado á echarlos al fuego, por la ley, era el gobierno; y cuando el gobierno se ha guardado muy bien de hacerlo, siendo su deber y cuando esta quema iba á resolverse en la valorización del billete que es el signo del bienestar, que es la conveniencia del gobierno, ¿por qué se exigiría al tenedor del billete que no tiene más peculio que el papel, que se desprendiera de este signo de riqueza? Me parece que el reclamo es soberanamente injusto.

Creo, señor presidente, que este proyecto no debía tener otro objetivo que regir las relaciones entre el estado y el tenedor del billete, que es el dueño de una obligación del estado. En cambio, el estado, por estos proyectos, se erige en gran tutor, y le dice al tenedor del billete: no conviene que mi obligación con usted se valore; voy á desvalorizarla en favor de un gremio.

Quien puede reclamar aquí es el dueño de la obligación. El gobierno la emite; él tiene que atender su garantía; si no la atiende, porque no puede, y porque eso requeriría un sacrificio del pueblo contribuyente,—desde que si se tratase de la conversión de estas obligaciones por medio de empréstitos, el servicio de los empréstitos tendría que hacerlo el pueblo, como bien ha dicho el señor ministro de hacienda;—si todo esto sucede, déjese que el trabajo nacional, fecundando este signo de la moneda, haciéndolo verdaderamente representativo de la moneda real, le dé el mayor valor posible. ¿Qué inconveniente puede haber en esto?

Se ha hecho un cálculo de lo que pierde la agricultura.

Yo no quisiera entrar á estudiar esta cuestión tan general desde un punto de vista de detalle, porque habría que acudir á otros puntos de vista, y sería interminable; pero hago notar que la contradicción es flagrante al invocar tan luego los intereses de la agricultura ó los intereses de la producción en general, en favor de un proyecto de conversión.

Se dice, que la desvalorización los favorece, pero no se tiende á hacer permanente la desvalorización; se tiende, precisamente,

á un objetivo completamente opuesto: á cortar por completo el agio, á entrar en el régimen de la conversión y á hacer que la unidad monetaria sea tal, que el agricultor que vende sus productos en oro, reciba el mismo número de unidades de pesos papel que el número de unidades de oro que paga el comprador. ¿Dónde está, pues, la protección que la desvalorización ofrece al productor? ¡Queda disipada!

Es que los proyectos son realmente una serie de contradicciones.

Se promete hacer una conversión, y en virtud de ella, se cambia la leyenda del billete: donde dice: «La nación pagará un peso», se pone: «La nación pagará cuarenta y cuatro centavos.» Yo creo que promesa por promesa, en el tiempo que ha de transcurrir entre la vigencia de esta ley y la realización del fondo de conversión, tanto vale la actual como la nueva, con la diferencia de que la nueva promesa significa un quebranto de la primera, significa una declaración de que el gobierno no puede cumplirla, cosa que todos sabemos muy bien, pero que no veo objeto en poner de manifiesto.

Ya sobre la fijación del tipo, he hecho notar la inconsistencia de los proyectos.

Se dice que el gran beneficio que traen á la economía nacional, es poner el tipo en una cotización invariable, de la cual no puede salir. Por lo pronto, el tipo de los proyectos no es el tipo actual de cotización y bastará cualquier anuncio, cualquier alarma, real ó ficticia, para alterar esta cotización y volver á los mismos tiempos de antes, con la diferencia, señor, de que la especulación tendrá la positiva ventaja de saber que de 227 no bajará, mientras que antes, para llegar á la cotización de la par, iba muy largo y los riesgos eran mucho mayores.

Estudiando la economía propia de los proyectos, hay que relacionarlos, no con los intereses de la agricultura, no con los intereses de la ganadería, no con los intereses de la industria en general, como tampoco con los intereses del consumidor, que recibe artículos extranjeros, que se pagan en oro: hay que relacionarlos con la economía general del país.

Hay que darse cuenta, señor presidente, de un estado que ha sido poco estudiado, que yo confieso que requiere un examen

mucho más maduro del que puede un diputado haberle dedicado, y que envuelve los problemas más interesantes para el presente y para el porvenir de la nación, problemas algunos de ellos, de contornos amenazadores, porque estriban en este papel que desempeña en nuestra economía el capital que viene del exterior, á fecundar los surcos de la riqueza en nuestro territorio, pero que se hace servir en una moneda cruel é implacable, como es el oro, moneda que, año por año, toma el camino del exterior, constituyendo un peso y una traba para la nación.

Este asunto es uno de los capítulos de nuestra economía que requiere una investigación más detenida, para establecer á punto fijo cuál es el plano de equilibrio que conviene al país, entre la importación de capitales extranjeros y las imposiciones que de ellos derivan para el trabajo nacional.

El país, señor, vende en papel y paga en papel su consumo. El precio de los productos de exportación, lo hace el mercado universal, en oro; este oro se convierte en papel para el vendedor argentino y le produce tantos más pesos papel moneda cuanto mayor es la depreciación.

Estos son los dos términos generales del problema. Las deudas á papel no existen en el extranjero.

Esto en cuanto á las ventas del país. En cuanto á las compras ó pagos es á la inversa. El país paga al exterior en papel lo que le compra en oro. Los precios son en oro, los pagos se hacen en papel y exigen tanto menos papel cuanto mayor es la valorización. Las obligaciones con el exterior, públicas y particulares, son en oro. Las pagan el estado ó el comercio, el primero con los impuestos que se recaudan en papel; el segundo, con el producto de los negocios y transacciones, también en papel. Este producto y los impuestos hay que convertirlos en el oro que se necesita, y esta conversión exige tanto más papel cuanto más caro está el metálico en su relación con el papel.

Para saber si conviene desvalorizar el papel hay que establecer la proporción entre la mayor cantidad de papel que necesitan los productores por el oro de sus productos para ganar y la mayor cantidad de papel que tiene que pagar el país por

el oro necesario para cancelar obligaciones con el exterior. Yo digo que la segunda cantidad es mayor que la primera y esta diferencia—es evidente—aumenta á medida que aumenta la desvalorización del papel.

Esta diferencia constituye un gravamen para el país, para sus finanzas en su parte más delicada, tanto que ocurre este fenómeno: que la baja del oro determina una alza de nuestros títulos en Londres. El alza de los títulos representa la mayor confianza del tenedor del título en la solvencia del gobierno; y el *investor* británico, que pesa bien sus libras esterlinas, se dice: cuanto más baja el oro en la República Argentina, el gobierno está más habilitado para hacer el servicio de los títulos. Y es la verdad. Por otra parte, la equivalencia en papel de los impuestos á oro se reduce en una cifra considerable.

El balance de estas partidas se puede resumir en cifras y arroja conclusiones que realme te merecen preocupar la atención de los poderes públicos.

Por este balance se ve que los intereses que se invocan de determinados gremios que contribuyen con su trabajo á la economía nacional, no son sino sumandos de una extensa suma y no son los que dan la resulta te completa, que se debe tener en cuenta, para establecer si en realidad hay ó no conveniencia en alterar las cotizaciones del mercado, y sobre todo, para apreciar el *quantum* de la influencia que tiene cada punto de diferencia en la cotización del metálico en el resumen de estos intereses generales.

El balance nos es desfavorable. Nuestros pagos en metálico al exterior son por ahora mayores que la suma que del exterior recibimos en metálico anualmente. Nuestro balance comercial tiene que ser complementado con el balance de la exportación de numerario. Hay que tener en cuenta los servicios particulares que la nación sufra en oro, ó en su equivalente en papel, y que ascienden á una cifra considerable á medida que varía la cotización del metálico, y agregado esto al costo de los artículos de importación, y añadiendo también el monto de los impuestos en oro, que, como he dicho, representan sacrificio distinto para el contribuyente, según se cotice el metálico, sacrificio tanto mayor cuanto

*Octubre 23 de 1899.*

CÁMARA DE DIPUTADOS

*4.ª Sesión de prórroga.*

mayor sea la desvalorización del papel moneda; todas estas sumas reunidas, si el cálculo que yo he hecho y tratado de rectificar por los medios más auténticos á la mano, es exacto, vienen á dar por resultado que la República Argentina exporta más dinero que el que recibe anualmente.

Esta situación sería insostenible si no tuviera sus compensaciones.

Yo creo que concurren á mejorarla la importación sucesiva de capitales nuevos que vienen al país, la interrupción de remesas al exterior; porque si anualmente se cumplieran las funciones que este balance indica como las que realmente desempeñan la exportación y la importación en la economía nacional, tendríamos una deuda

permanentemente recargada, permaneciendo aumentada. Y si esto sucede en las finanzas del gobierno, yo creo que no sucede lo mismo en las finanzas de los particulares, y que, por consiguiente, debe haber aquí un factor de compensación. El examen de esta faz de la cuestión requiere un poco de detenimiento, para probar las conclusiones apuntadas.

**Sr. Varela Ortiz**—Ahora podríamos pasar á cuarto intermedio.

**Sr. Presidente**—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio siendo las 6 y 40 p. m.